

Hacia una pedagogía de la esperanza crítica bajo el capitalismo de casino

Toward a Pedagogy of Educated Hope under Casino Capitalism

Henry A. Giroux¹

Traducción: Laura Proasi²

Claudia De Laurentis³

Resumen

El propósito de este artículo de reflexión es analizar la educación y el pensamiento crítico como estrategias fundamentales para la consolidación de la democracia radical. El cambio social y político, junto con la esperanza crítica, se proponen como los pilares centrales para permitir la construcción de un futuro sin autoritarismo. Se argumenta que la pedagogía crítica es la posibilidad para que la educación sea reconocida como un compromiso cívico que favorezca a la alfabetización ciudadana como así también a la capacidad de agencia, acción y cambio que permita la inclusión y la responsabilidad social. Finalmente, se afirma que la democracia se hace deficiente cuando la pedagogía no está en el centro de la política y esa esperanza crítica es la posibilidad de enfrentar los obstáculos y las realidades concretas de dominación.

Palabras clave: pedagogía; esperanza crítica; democracia; ética; moral; política

Summary

The purpose of this reflection paper is to analyze education and critical thinking as fundamental strategies for the consolidation of radical democracy. Social and political change, together with educated hope, are proposed as the main pillars to allow the construction of a non-authoritarian future. It is argued that critical pedagogy is the possibility for education to be recognized as a civic commitment that favors civic literacy, as well as the capacity for agency, action, and change that allows for inclusion and social responsibility. Finally, it is affirmed that democracy becomes deficient when pedagogy is not the center of politics and that informed hope is the possibility of facing the obstacles and concrete realities of domination.

Keywords: pedagogy; educated hope; democracy; ethics; moral; politics

Fecha de Recepción: 20/02/2022
Primera Evaluación: 09/03/2022
Segunda Evaluación: 10/04/2022
Fecha de Aceptación: 12/04/2022

La educación es el oxígeno de la democracia porque, sin una ciudadanía crítica, las culturas formativas necesarias para una democracia radical se marchitan conjuntamente con las instituciones que la hacen posible. En América del Norte y en América Latina, las fuerzas del autoritarismo neoliberal están en marcha. Desde Brasil hasta Estados Unidos, los tiranos han tomado por la fuerza el poder político y están transformando a la educación en materia prima para militares, lugares de trabajo y, en muchos casos, para el estado carcelario. En Estados Unidos, Donald Trump asumió la presidencia y fue fomentando la cultura del miedo, la humillación, el fanatismo y la supremacía blanca acompañados por un gran desdén hacia la educación y el pensamiento crítico.

Hoy se valoriza la ignorancia desdeñando a la educación crítica. Ésta es la razón esencial para reconectar el aprendizaje con el cambio social y político, y para acoger la noción de esperanza crítica donde se hace posible imaginar lo inimaginable: un futuro reticente a imitar este presente autoritario.

De manera creciente, los regímenes neoliberales en toda Europa y Norteamérica han realizado un ataque de gran magnitud sobre la pedagogía crítica y sobre las esferas públicas donde se ejerce.

La educación pública y superior dejaron de subsidiarse, se las convirtió en fábricas de rendición de cuentas; y ahora se han convertido, en su gran mayoría, en anexos de una lógica instrumental que imita a los valores del mercado. Pero esto no es sólo cierto para aquellos espacios en donde se da cita la escolarización formal; lo es también en aquellas esferas públicas y aparatos culturales que se ocupan de la producción de conocimiento, valores, subjetividades e identidades. Lo cual alcanza a una gran variedad de espacios creativos, incluyendo las galerías de arte, los museos, los cines, y a varios componentes de medios de la cultura dominante (Giroux, 2011). Lo que los apóstoles del neoliberalismo han aprendido es que el arte y la ciencia de la educación pueden ser peligrosos y que no sólo pueden formar estudiantes, intelectuales y artistas críticos y comprometidos, sino que también pueden expandir la capacidad de imaginación para poder pensar diferente, demandar al poder que rinda cuentas e imaginar lo inimaginable.

Recuperar la pedagogía como forma de esperanza crítica empieza con el reconocimiento crucial de que la educación no se trata sólo de capacitación laboral y de manufactura de productos, sino que tiene que ver con el compromiso cívico, del pensamiento crítico, la educación cívica y con la capacidad para la acción democrática y el cambio. También está conectada a las cuestiones del poder, la inclusión, y la responsabilidad social⁴. Si pretendemos que los jóvenes, los artistas, y los trabajadores culturales tengan que desarrollar un profundo respeto por los demás, un sentido apasionado por la responsabilidad social y un compromiso cívico; la pedagogía tiene que interpretarse como una fuerza cultural, política y moral. Esas fuerzas colectivas brindan el conocimiento, los valores, las relaciones sociales que hacen posibles las prácticas democráticas para poder conectar la acción humana a la idea de la responsabilidad social y a las políticas de posibilidad. En este caso, la pedagogía necesita ser rigurosa, autoreflexiva y comprometida con la práctica

de la libertad para poder avanzar en los parámetros del conocimiento, atender a cuestiones sociales esenciales y para vincular los problemas del ámbito privado con las cuestiones de lo público. Aquí están en juego prácticas pedagógicas que forman militantes soñadores, gente que está dispuesta a luchar por un mundo más democrático y más justo.

Es en esta instancia donde la pedagogía se hace central para la política y fundamental para la práctica de un arte-en-acción dirigido a cambiar la forma en que la gente piensa; una performance que despierte la pasión y motive las formas de identificación que den cuenta de las condiciones en las que la gente se encuentra.

La pedagogía crítica debe ser significativa para poder ser crítica y transformadora. Debe ser cosmopolita, imaginativa, y demandar una interacción reflexiva comprometida con el mundo en que vivimos; mediado por la responsabilidad de estructuras que desafíen la dominación y el alivio del sufrimiento humano. Esta es una pedagogía que se ocupa de las necesidades de múltiples destinatarios. Como práctica ética y política, una pedagogía pública atenta que rechace aquellas formas de educación que la separa de las preocupaciones políticas, sociales, históricas e injustas. Esta es una pedagogía que incluya “recoger las ideas complejas y llevarlas al espacio público” (Said, 2000, p. 7), que reconoce la herida humana dentro y fuera de la academia, y que utiliza la teoría como forma de crítica para cambiar las cosas. Esta es una pedagogía en la cual los educadores y los agentes culturales no le teman al conflicto ni a las conexiones entre las cuestiones privadas y los componentes más amplios de los problemas sociales que, de otra manera, quedan escondidos.

La pedagogía crítica surge de la convicción de que los artistas, los educadores y otros agentes culturales tienen la responsabilidad de inquietar al poder, complicar al consenso y desafiar al sentido común.

Esta es una perspectiva de la pedagogía que debe perturbar, inspirar y motivar a una gran variedad de públicos. La pedagogía crítica implica la responsabilidad de ver el trabajo intelectual como público, aumentar la conciencia política, poner en evidencia las conexiones con los elementos del poder y de la política, a menudo escondidos de la vista del público; y recordar: “puede que la audiencia de las preguntas morales estén escondidas en el clamor y la estridencia del debate público” (Said, 2001, p. 504).

La pedagogía no es un método, pero sí una práctica moral y política; es aquella que reconoce la relación entre conocimiento y poder. Al mismo tiempo, entiende que en el centro de todas las prácticas pedagógicas habita la lucha por sobre la acción, el poder, la política y las culturas formativas que hacen posible a la democracia radical.

Esta visión de la pedagogía no moldea, pero inspira, dirige las motivaciones, y es capaz de imaginar un mundo mejor y la necesidad de repensar una democracia que es inacabada. La pedagogía crítica es una forma de esperanza crítica comprometida con hacer que la gente joven sea capaz y esté dispuesta a expandir y profundizar su

sentido de sí mismos para pensar “el mundo” críticamente; para imaginar algo más allá de sus propios intereses y bienestar, para poder servir al bien público, tomar riesgos y luchar por una democracia sustantiva⁵

La pedagogía es siempre el resultado de las luchas; especialmente en términos de cómo las prácticas pedagógicas producen ideas particulares sobre la ciudadanía y la democracia inclusiva. Se cierne, en este caso, no como una técnica o como un conjunto de métodos, sino como práctica moral y política. Como práctica política, la pedagogía hecha luz sobre la relación entre poder, conocimiento e ideología, mientras que, tímidamente, más bien con autocrítica, reconoce el rol que juega como intento deliberado por influenciar cómo se producen el conocimiento y las identidades dentro de conjuntos particulares de relaciones sociales.

Como práctica moral, la pedagogía reconoce que lo que los agentes culturales, los artistas, los activistas, los trabajadores de los medios enseñan no se puede separar de lo que significa invertir en la vida pública; presupone una idea de futuro o que se ubica a sí misma en el discurso público.

Las implicancias morales de la pedagogía sugieren que nuestra responsabilidad como agentes culturales no puede separarse de las consecuencias de nuestro conocimiento, de nuestras relaciones sociales, de las ideologías y de las identidades que les ofrecemos a nuestros estudiantes.

Negar la separación de la política de la pedagogía significa que la enseñanza no sólo debe honrar las experiencias que la gente trae, sino también conectar esas experiencias a los problemas que son propios de la vida diaria.

La pedagogía, en este sentido, no se trata sólo de la deconstrucción de textos, sino de la política en un sentido más amplio. Tal proyecto reconoce la naturaleza política de la pedagogía y llama a los artistas, a los intelectuales, y a otros a asumir la responsabilidad de sus acciones.

Como sugirió Susan Sontag (2003) alguna vez, se llama a todos estos actores a relacionar su práctica de enseñanza con los principios morales que les permiten hacer algo contra el sufrimiento humano.

Parte de esta tarea necesita que los agentes culturales anclen su propio trabajo, no obstante su diversidad, en un proyecto radical que se comprometa seriamente con la promesa de una democracia inacabada y se posicione contra sus formas radicalmente incompletas.

Es esencialmente importante para tamaño proyecto rechazar la suposición de que la teoría puede entender los problemas sociales sin disputar la manera en que llega a la vida pública. Además, cualquier política cultural viable que tome seriamente lo que significa luchar por la idea de una buena sociedad, necesita de una idea socialmente comprometida de injusticia

Zygmunt Bauman (2002) plantea que “si no hay lugar para la idea de una mala sociedad; no existe gran chance de que nazca la idea una buena sociedad; menos aún que se agiten las aguas” (p. 170).

Una sociedad debe nutrir constantemente las posibilidades para la autocrítica, la agencia colectiva, y las formas de ciudadanía en las que la gente juega un rol fundamental en la discusión crítica, administrando y dándole forma a las relaciones materiales de poder y a las fuerzas ideológicas que impactan en sus vidas diarias.

Aquí está la tarea, como insiste Jacques Derrida (2000), de ver al proyecto de la democracia como una promesa, como una posibilidad enraizada en la lucha continua por la justicia económica, cultural y social.

La democracia, en este sentido, no es un régimen suturado o formal. Es el lugar mismo de la lucha. La lucha por crear una democracia inclusiva y justa puede tomar muchas formas.

Tal lucha no ofrece garantías políticas, pero brinda una dimensión importante sobre la política como un proceso en curso de democratización que nunca termina. Tal proyecto está basado en la revelación de que una democracia abierta al intercambio, a la pregunta, a la autocrítica nunca alcanza los límites de la justicia.

Teóricos como Raymond Williams y Cornelius Castoriadis han reconocido que la crisis de la democracia no se trata solo de la crisis de la cultura, sino también de la crisis de la pedagogía y de la educación. Los agentes culturales harían bien en tener en cuenta las profundas transformaciones que se dan cita en la esfera pública y entender a la pedagogía como categoría central de la política en sí misma.

Pierre Bourdieu (1998) estaba en lo cierto cuando planteó que los agentes culturales, a menudo, “han subestimado las dimensiones simbólicas y pedagógicas de la lucha y no siempre han creado las armas apropiadas para luchar en este frente”- (Bourdieu, 1998, p. 11).

Continúa argumentando en una conversación posterior con Gunter Grass que:

Los intelectuales de izquierda deben reconocer que las formas más importantes de dominación no son sólo económicas, sino también intelectuales y pedagógicas; yacen en el ámbito de la creencia y a persuasión. Es importante reconocer que los intelectuales tienen la enorme responsabilidad de desafiar esta forma de dominación. (Bourdieu, 2002, p. 2)

Estas son intervenciones pedagógicas importantes e implican, con razón, que la pedagogía crítica en su sentido más amplio, no se trata solamente de entender, sino que además se trata de asumir las responsabilidades que tenemos como ciudadanos, de exponer la miseria humana y de eliminar las condiciones que la producen.

Las cuestiones de responsabilidad, de acción social y de intervención política no sólo se desarrollan a partir de la crítica social, sino también de la autocrítica.

La relación entre el conocimiento y el poder, por un lado, y la creatividad y la política, por el otro, tiene que ser siempre autoreflexiva sobre sus efectos y sobre cómo se relaciona con el mundo más amplio. En síntesis, este proyecto señala la necesidad de que los agentes culturales entiendan a la pedagogía crítica no sólo como un modo de esperanza crítica y como elemento esencial de un proyecto educativo insurreccional, si no también como práctica que se dirige a la posibilidad

de interpretación como intervención en el mundo.

Quiero finalizar insistiendo en que la democracia empiece a fallar y la vida cívica se empobrece cuando la pedagogía ya no es central para la política.

El error de no reconocer que la manera en que se construye la agencia, la moral testimonial se legitima, y las políticas de responsabilidad social se renuevan es de naturaleza educativa vacía a la democracia de todo sentido.

La democracia tiene que ser un camino para pensar la educación; un camino que avance en conectar la equidad a la excelencia, el aprendizaje a la ética, y la agencia a las demandas para el bien público (Giroux, 2015).

La pregunta sobre qué rol tienen que jugar la educación y la pedagogía en la democracia se hace más urgente en un momento donde las fuerzas oscuras del autoritarismo están en marcha en todo el planeta. La confianza, las solidaridades, y los modos de educación como valores públicos están bajo asedio, los discursos de odio, racismo, el interés propio rabioso, y la avaricia están ejerciendo una influencia nociva en muchas de las sociedades occidentales; ahora más evidente en el discurso de los extremistas de derecha compitiendo por la presidencia de los Estados Unidos. La democracia está en terapia intensiva; pero en lugar de alimentar la lógica de escepticismo, debería desatar una furia moral y política, una nueva comprensión de la política; y los proyectos pedagógicos tienen que permitan a la democracia respirar una vez más.

Como insistía cierta vez Ernst Bloch (como se citó en Benjamin, 1997) “la razón, la justicia y el cambio no pueden florecer sin esperanza” porque la esperanza crítica golpea nuestras experiencias más profundas y nuestros anhelos una vida digna con otros; una vida en la cual se haga posible imaginar un futuro que no sea una imitación de este presente. No me refiero a una idea romantizada y vacía de la esperanza, sino a una idea de esperanza crítica que enfrente los obstáculos concretos y las realidades de dominación, que aún continúan dándose cita, con la tarea pedagógica y política de “mantener el presente abierto y, por tanto, inacabado”. (Benjamin, 1997, p. 10)

Notas

¹Estudió historia en Barrington (1968-1974) y se doctoró en la Carnegie Mellon University de Pittsburgh (1977). Se inició como docente en la Universidad de Boston (1977-1983), de la que pasó a la Universidad de Miami en Oxford, Ohio (1983-1992). Director del Center for Education and Cultural Studies de la Universidad de Miami. Catedrático en la Pennsylvania State University (1992). Director del Waterbury Forum sobre Educación y Estudios Culturales de la Pennsylvania State University.

²Especialista en Docencia Universitaria-UNMDP. Doctoranda Doctorado en Educación (UNR). Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Profesora Adjunta en la asignatura Problemática Educativa y Taller de Aprendizaje Científico y Académico. Departamento de Ciencias de la Educación. Facultad de Humanidades. UNMDP. Es miembro del Grupo de Investigaciones en Educación y Estudios Culturales (GIEEC) y

de CIMED (Centro de Investigaciones Multidisciplinares en Educación). Secretaria de la Revista de Educación (UNMdP) Email: lauraproasi@gmail.com

³Profesora Adjunta de Política Educativa. Departamento de Ciencias de la Educación. Facultad de Humanidades UNMDP. Doctora en Humanidades y Artes, mención en Educación por la UNR. Especialista en Docencia Universitaria. Licenciada en Ciencia Política. Profesora de Inglés.

⁴En este ejemplar, Giroux, S. (2012) y Giroux, H. (2014).

⁵Ver especialmente Newfield (2008)

Referencias bibliográficas

- Bauman, Z. (2002). *Society under siege*. Malden, MA: Blackwell.
- Benjamin, A. (1997). *Present hope: Philosophy, architecture, judaism*. New York, NY: Routledge.
- Bourdieu, P. (1998). *Acts of resistance*. New York, NY: Free Press.
- Bourdieu, P., and Grass, G. (2002). The "progressive" restoration: A Franco-German dialogue. *New Left Review*, (14), 63-77
- Derrida, J. (2000). *Intellectual courage: An interview*. Trans. Peter Krapp. *Culture Machine*, v.2, 1-15.
- Giroux, H. (2011). *On critical pedagogy*. New York, NY: Bloomsbury.
- Giroux, H. (2014). *Neoliberalism's war on higher education*. Chicago, IL: Haymarket Press.
- Giroux, H. (2015). *Dangerous thinking in the age of the new authoritarianism*. New York, NY: Routledge .
- Giroux, S. (2012). On the civic function of intellectuals today. In G. Olson & L. Worsham (Eds.), *Education as civic engagement: Toward a more democratic society* (pp. IX-XVII). Boulder, CO: Paradigm Publishers.
- Newfield, C. (2008). *Unmaking the public university: The forty-year assault on the middle class*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Said, E. (2000). *Out of place: A memoir*. New York, NY: Vintage.
- Said, E. (2001). *On defiance and taking positions. Reflections on exile and other essays*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Sontag, S. (2003). *Of Courage and resistance*. *The Nation*, May 5, 11-14.

Para citar este artículo: Giroux, H. (2019). *Toward a Pedagogy of Educated Hope under Casino Capitalism*. *Pedagogía y Saberes*, 50, 147-151